

El trabajo en la era del capital ficticio¹

Labour in the Era of Fictitious Capital

Norbert Trenkle

Grupo Krisis (Alemania)

Traducción de Ezequiel Martínez Llorente

RESUMEN

Este artículo aborda las consecuencias de los cambios en la relación entre el capital y el trabajo tras el final del boom fordista. Como resultado de estos cambios, la acumulación del capital ya no se funda predominantemente en la explotación del trabajo con vistas a la producción de mercancías como coches, hamburguesas y teléfonos inteligentes, sino en la emisión masiva de títulos financiero como acciones, bonos y derivados financieros con un derecho para un valor futuro. Estos cambios debilitan de manera irreversible la fuerza de trabajo frente al capital, dándole a éste carta blanca como nunca antes. Pero el hecho de volver superfluos a un gran número de trabajadores también tiene sus consecuencias para el capital. La Tercera Revolución Industrial, así pues, ha marcado el inicio de una crisis fundamental. La producción de valor a través de la explotación del trabajo ha sido reemplazada por la anticipación sistemática de un valor futuro, en la forma de capital ficticio. Sin embargo, esta forma de expansión está alcanzando sus límites, y viene aparejada a unos importantes costes para la sociedad. Riguroso en su análisis de una realidad terrible, el propósito de este artículo es rechazar cualquier idealización de la era del capitalismo fordista. El retorno a un capitalismo basado en el trabajo de masa no

¹ Este artículo se publicó en inglés en 2017 en el número 1 de la revista *Contradictions/Kontradikce*, de la Academia Checa de Filosofía.

es posible ni tampoco deseable. La emancipación social más bien implica necesariamente la liberación del trabajo.

PALABRAS CLAVE: Crítica del trabajo, capital ficticio, crisis del capitalismo, relación capital-trabajo, financiarización

ABSTRACT

This essay discusses the consequences of the changed relationship between capital and labour after the end of the Fordist post-war boom. As a result of these changes, capital accumulation is no longer predominantly based on the exploitation of labour in the production of commodities like cars, hamburgers, and smartphones but on the massive emission of property titles like shares, bonds, and financial derivatives that represent claims to future value. These changes irreversibly weakened labour power giving capital a freer hand than ever before. But making large numbers of workers redundant also had consequences for capital. The Third Industrial Revolution thus marked the onset of a fundamental crisis. The production of value through the exploitation of labour has been replaced with the systematic anticipation of future value in the form of fictitious capital. However this form of expansion is reaching its limits and is linked with significant costs to society. Albeit sobering and chilling, this analysis suggests to reject any retrospective romanticising of the Fordist era capitalism. Returning to a capitalism based on mass labour is neither possible nor desirable. Social emancipation should rather focus on the liberation from labour.

KEY WORDS: Critique of labour, Fictitious capital, Crisis of capitalism, Capital-labour relation, Financialization

LA FUNCIÓN CENTRAL DEL TRABAJO EN EL CAPITALISMO

Es una noción general que la producción de riquezas en la sociedad capitalista toma la forma de la producción de mercancías. Por ese motivo, Marx observaba atinadamente que la mercancía era la «forma elemental» de la riqueza capitalista, y a causa de eso la eligió como punto de partida analítico para su crítica de la economía política (MEW 23: 49). No obstante, la teoría económica anda totalmente perdida a la hora de aprovechar este enfoque teórico. Y más bien asume que la gente mediatiza su sociabilidad a través de la producción y el intercambio de mercancías casi como un dogma antropológico. En principio se

considera al ser humano como un productor privado, que manufactura cosas a fin de intercambiarlas con otros productores privados, atendiendo a sus intereses particulares. Por tanto, se entiende que la diferencia entre la producción de riqueza en la sociedad capitalista moderna y en las comunidades tradicionales es una de grado, apuntándose que la división social del trabajo está mucho más desarrollada en el capitalismo moderno, debido a los avances tecnológicos y al avance intelectual de la gente para ser más productiva y estar a su vez más especializada.

Este punto de vista es una simple proyección que legitima intrínsecamente las relaciones capitalistas como trans-históricas. Pero si bien las mercancías y el dinero existían en muchas sociedades pre-capitalistas, su significado social era totalmente otro que el que ostentan en el marco del capitalismo. Las interacciones con mercancías y dinero se insertaban en otras formas de dominación y en otras configuraciones sociales existentes entonces (dependencia feudal, normas tradicionales, estructuras patriarcales, sistemas de creencia religiosa...), como mostró Karl Polanyi (Polanyi 2001). Frente a eso, en la sociedad capitalista, las mercancías y el dinero representan la forma universal de riqueza, y a la par desempeñan el rol de mediador social. Esto equivale a afirmar que los individuos establecen sus relaciones con el otro y con la riqueza que producen a través de las mercancías y del dinero (Trenkle 2014).

Cuando las cosas se producen como mercancías, las actividades productivas correspondientes toman una forma muy específica. Se llevan a cabo en una esfera deslindada de las otras diversas actividades sociales, y están sujetas a una lógica instrumental, a una racionalidad y a una disciplina temporal específicas. Esta forma común nada tiene que ver con el contenido particular de esas variadas actividades. Solo se atribuye al hecho de que se efectúan con el propósito de la producción de mercancías. Apoyadas en esa estructura social, todas estas actividades se incluyen bajo un mismo epígrafe: trabajo (Trenkle 2014).

Como las mercancías, el trabajo posee un carácter dual. Se divide en una parte concreta, que produce valor de uso, y en una parte abstracta, que produce valor. La parte concreta interesa al productor de mercancías en cuanto que él o ella solo pueden vender la mercancía producida si posee alguna utilidad para el comprador. Para el productor, el valor de uso es únicamente un medio para un fin extrínseco: la transformación del trabajo abstracto, incardinado en la mercancía, en dinero. Esto se debe a que el dinero es la *mercancía universal*, como la denominó Marx, la reina de las mercancías o la mercancía que todas las otras mercancías toman como referencia. Dicho de otro modo, el dinero

representa la *riqueza abstracta* de la sociedad capitalista o su riqueza universalmente reconocida (MEW 42: 156; Lohoff 2014: 24-29).

A este respecto, solo la parte abstracta del trabajo es aceptada socialmente de una forma universal, debido a que es la única que entra en circulación social como valor (representado por el dinero) y permanece como tal (Postone 1996: 148). La parte concreta del trabajo, en cambio, se diluye con cada venta porque el valor de uso desaparece entonces de la circulación social: la utilidad de un objeto se convierte en un asunto privado del comprador. La *riqueza material* que adopta la forma del valor de uso bajo las condiciones de la producción de mercancías es, por tanto, siempre un asunto particular.

Así que podemos afirmar que el trabajo no solo es una forma de actividad en la que la riqueza capitalista se manifiesta en su forma dual específica, sino que, es más, el trabajo ejerce la función de mediación social. O, para ser más precisos, es el lado abstracto del trabajo el que ejerce esta función, con el lado concreto siempre subordinado. Esto señala una contradicción fundamental, específica para la sociedad capitalista: todo el mundo produce como *productor privado*, de acuerdo con sus intereses particulares, y es activo *socialmente* precisamente en esa forma. La naturaleza de esta estructura es tal que esta mediación no puede ser consciente, sino asume inevitablemente una forma objetivada de dominación. Como Marx escribió en un famoso pasaje de su capítulo sobre el fetichismo de la mercancía:

Si los objetos para el uso se convierten en mercancías, ello se debe únicamente a que son *productos de trabajos privados ejercidos independientemente los unos de los otros*. El complejo de estos trabajos privados es lo que constituye el trabajo social global. Como los productores no entran en contacto social hasta que intercambian los productos de su trabajo, los atributos específicamente sociales de esos trabajos privados no se manifiestan sino en el marco de dicho intercambio. O en otras palabras: de hecho, los trabajos privados no alcanzan realidad como partes del trabajo social en su conjunto, sino por medio de las relaciones que el intercambio establece entre los productos del trabajo y, a través de los mismos, entre los productores. A éstos, por ende, las relaciones sociales entre sus trabajos privados se les *ponen de manifiesto* como lo que son, vale decir, no como relaciones directamente sociales trabadas entre las personas mismas, en sus

trabajos, sino por el contrario como relaciones propias de cosas entre las personas y *relaciones sociales entre las cosas*.²

La mención a productores privados no debe entenderse como referida a negocios pequeños y a personas individuales que producen productos variados a fin de canjearlos por otros productos en el mercado. La mayoría de los productores de mercancías bajo el capitalismo son por supuesto empresas que observan la valorización del capital como el objetivo de la producción. Las mercancías que producen constituyen solo un medio para ese fin.

Estas empresas se enfrentan a una gran masa de personas que solo poseen de una mercancía, que deben vender continuamente para sobrevivir: su fuerza de trabajo. Sin embargo también ellos son productores privados, en el sentido de que poseen de una mercancía específica que tratan de vender según sus fines particulares y obtener por ella el precio más alto posible imponiéndose en la competición sobre otros vendedores de fuerza de trabajo. En este acto de venta se ve claramente, como el trabajo ejerce su función de mediación social para los individuos. Sin embargo, desde la perspectiva del vendedor de fuerza de trabajo la mediación por el trabajo no presenta las mismas características que desde la perspectiva del comprador, la empresa capitalista, o para ser más preciso: el capital individual. Aunque también para el propietario de la fuerza trabajo la venta de su mercancía es tan sólo un medio para alcanzar un fin externo, este fin no consiste aquí en valorizar una cantidad particular de capital, sino en asegurarse la subsistencia.

La mediación social por el trabajo, así pues, presenta una apariencia diferente desde cada una de esas perspectivas. Mientras que para el capital adquiere directamente la forma del movimiento autorreferencial, que Marx resume en su conocida fórmula D-M-D', desde la perspectiva del vendedor de fuerza de trabajo, esta mediación sigue el movimiento de intercambio M-D-M (MEW 23: 161-170)¹. La mercancía fuerza de trabajo es un objeto de cambio que la persona pone en el mercado para obtener en su lugar otras mercancías. En ese proceso, el dinero es solo un medio para tal fin, mientras que en el caso anterior (D-M-D') es un fin en sí mismo (Postone 1996: 167-272). A primera vista, la segunda dinámica corresponde a lo que Marx describía como un simple intercambio de mercancías, y no obstante existe una diferencia importante. Incluso si el

² [Nota de los eds.]: Marx, K. (1999): *El capital. Crítica de la economía política. Libro primero: el proceso de producción del capital*, vol. 1. Madrid: Siglo XXI, p. 89.

vendedor de fuerza de trabajo individual solo utiliza su mercancía con el propósito de intercambiarla por artículos de consumo, este acto de intercambio es no obstante un componente integral de la dinámica general de la valorización de capital, que siempre comienza y termina en valor en su forma tangible: dinero. Solo mientras la dinámica autorreferencial de la valorización del valor perdura, existe una demanda de fuerza de trabajo, que es la única mercancía que puede crear más valor del que necesita para su propia (re)producción.

EL CAMBIO EN LA RELACIÓN ENTRE TRABAJO Y CAPITAL EN LA ERA POSFORDISTA

Esta posición diferencial dentro del proceso de mediación social por el trabajo establece el conflicto de interés entre el capital y aquellos que venden su fuerza de trabajo. Ese conflicto no es, como ha defendido siempre el marxismo tradicional, antagonista en el sentido de una incompatibilidad fundamental. Más bien, se trata de un conflicto inmanente entre dos posturas constituidas por la mediación social por el trabajo. No obstante este conflicto ha sido disputado a menudo con vehemencia, porque la misma supervivencia de los poseedores de fuerza de trabajo depende de las condiciones de su venta.

Hasta la década de los setenta, este conflicto de intereses se caracterizaba por una dependencia mutua irresoluble: el capital necesitaba al trabajo a fin de conseguir valorizarse, y los vendedores de fuerza de trabajo necesitaban la valorización activa del capital para vender su mercancía. Esta relación se modificó cualitativamente con el final del boom fordista, y el inicio de la Tercera Revolución Industrial. El desplazamiento en masa del trabajo desde los sectores industriales centrales, en el transcurso de una fulgurante automatización, y la subsiguiente reorganización transnacional de los procesos de producción y de los flujos de mercancías debilitaron, fundamental e irreversiblemente, la posición negociadora de los vendedores de fuerza de trabajo (Lohoff y Trenkle 2012: 75-104). Más precisamente dicho, con la implantación y la universalización de las nuevas tecnologías fundadas en la microelectrónica, la fuerza productiva principal pasó a ser la aplicación del conocimiento en la producción, dándole al capital carta blanca como nunca antes con respecto a los trabajadores asalariados. Sin embargo, volver superfluos a grandes contingentes de vendedores de fuerza de trabajo ha tenido también sus repercusiones para el capital. Dado que la valorización del capital se apoya solamente en la explotación de la fuerza de trabajo en la producción de mercancías a gran escala, el inicio de la Tercera Revolución Industrial marcó a su vez el comienzo de una crisis fundamental.

Esta crisis se distingue de todas las otras grandes crisis capitalistas porque ya no puede superarse por medio de una expansión de la base industrial. Con el nivel presente de productividad constantemente en aumento, hasta los sectores con nueva producción en marcha (como los televisores de plasma o los *smartphones*, por ejemplo) no crean una necesidad adicional de nueva fuerza de trabajo. Como mucho, pueden ralentizar la expulsión masiva de trabajo vivo de la producción.

Si a pesar de esto la dinámica capitalista ha logrado retomar impulso, este únicamente ha sido posible creando una nueva base para la acumulación de capital. La producción de valor a través de la explotación del trabajo ha sido reemplazada por la anticipación sistemática del valor futuro en la forma de capital ficticio. El capital ha experimentado otra expansión gigantesca a partir del nuevo principio básico desde los años ochenta. Sin embargo esta expansión progresivamente va rozando sus límites, y sobre todo viene aparejada a unos importantes costes para la sociedad y para los vendedores de fuerza de trabajo.

Para entender esta conexión, debemos mirar más detenidamente a la lógica interna del capital ficticio.

EL CAPITAL FICTICIO REEMPLAZA A LA EXPLOTACIÓN DEL TRABAJO

Como se ha indicado antes, el capital ficticio consiste en la anticipación del valor futuro. Pero, ¿qué significa exactamente eso? ¿Y cuáles son las consecuencias para la acumulación de capital? Comencemos con la primera cuestión.

En esencia, el capital ficticio es generado siempre cuando alguien le cede dinero a otra persona a cambio de un título de propiedad (un bono, una acción de una empresa...) que garantiza un derecho sobre ese dinero y sobre su incremento (en la forma de intereses o dividendos, por ejemplo). Este proceso de compra y venta –el dinero es vendido como capital a cambio del título de propiedad– dobla la suma original: en su existencia por duplicado, puede ser utilizada por ambas partes. El receptor puede emplear el dinero para comprar cosas, realizar inversiones o adquirir activos financieros, y, al mismo tiempo, esa suma se ha convertido en capital monetario que rinde un beneficio regular al propietario originario (Lohoff 2014: 35-39).

Por lo tanto en el simple acto de la emisión de un título de propiedad, tuvo lugar una acumulación de capital. Una unidad monetaria se convirtió en dos. No obstante, ese capital monetario no representa más que una anticipación de un valor futuro. Pero de todos modos, en la actualidad ese capital es tan válido como aquel que ha sido acumulado por medio de la producción de mercancías.

La anticipación del valor futuro en la forma de capital ficticio es un rasgo común del capitalismo en todas sus épocas. Sin embargo, ha cobrado un significado completamente diferente en el curso de la crisis iniciada por la Tercera Revolución Industrial. Si la creación de capital ficticio sirvió en el pasado para flanquear y apoyar el proceso de valorización de capital (por ejemplo, a través de la financiación previa de grandes inversiones), ahora los papeles se han invertido, ya que la base de la valorización ha quedado desmontada. La acumulación de capital ya no se funda de una manera significativa en la explotación del trabajo en la producción de bienes como coches, hamburguesas y teléfonos inteligentes, sino en la emisión masiva de títulos de propiedad como acciones, bonos y derivados financieros que conceden derechos sobre un valor futuro. Como resultado de eso, el capital ficticio se ha convertido en el motor de la acumulación de capital, mientras que la producción de mercancías se ha visto reducida a la condición de variable dependiente (Lohoff y Trenkle 2012: 147-150).

No obstante, existe una distinción importante entre esta y las anteriores formas de acumulación de capital. La acumulación del capital ficticio no está basada en explotación presente de la fuerza de trabajo, sino en la anticipación de valor que (supuestamente) se generará en el futuro. Por lo tanto se trata de un proceso de acumulación de capital sin valorización del capital. Pero debido a que la mayor parte del valor futuro, anticipado, nunca será producida, porque el desarrollo de la productividad hace superflua la fuerza de trabajo, surge la necesidad de crear constantemente nuevos títulos de propiedad para no interrumpir el proceso de acumulación. Con ello la anticipación del valor futuro va posponiéndose más y más allá en el futuro y la creación de los títulos de propiedad está sometido al imperativo de un crecimiento exponencial. Por ese motivo, el valor del capital correspondiente a activos financieros ha sobrepasado en mucho desde hace tiempo a aquel proveniente de la producción de mercancías materiales. En vista a eso la opinión pública acusa a los «mercados financieros descontrolados» como los presuntos responsables de la crisis, pero en realidad, ante el hecho de que el fundamento de la valorización de capital fue socavado por el avance de las fuerzas productivas, la acumulación del capital ficticio es la única vía por la que la acumulación de capital podía proseguir.

No obstante, el imperativo del crecimiento exponencial señala el límite lógico para la acumulación de capital ficticio: las actividades económicas a las que remiten las expectativas de ganancias futuras no pueden multiplicarse arbitrariamente cuando una tras otra han demostrado ser una quimera (la nueva economía, el boom inmobiliario...) Este límite puede aplazarse de modo

considerable, algo que queda demostrado al echar un vistazo a la era de capital ficticio que abarca los últimos treinta y cinco años, pero, no obstante, con esa prórroga vienen aparejados unos costes sociales crecientes que cada vez se vuelven más insostenibles. Los beneficios y las ganancias se concentran cada vez más en menos manos, y el trabajo y las condiciones de vida progresivamente acusan una mayor precariedad en todo el mundo, mientras que los recursos naturales se dilapidan de forma inmisericorde, solo para mantener la acumulación de capital en movimiento (Lohoff y Trenkle 2012: 256-283; Lohoff 2016).

LA PÉRDIDA DE PODER DE NEGOCIACIÓN DE LOS TRABAJADORES

A primera vista, esto no parecería presentar ninguna novedad para el capitalismo. De hecho, la actitud de desconsideración hacia las condiciones de vida materiales y el mundo físico es una característica esencial de un modo de producción orientado a valorizar el valor, que es lo mismo que decir a incrementar la riqueza abstracta. Pero la transición hasta la era del capital ficticio supone un salto cualitativo (en el sentido negativo) a este respecto también.

Para una mejor comprensión de esto, debemos dirigir la atención primero a las consecuencias del desplazamiento de la acumulación de capital, hasta la esfera del capital ficticio, para la mediación social por el trabajo. En relación con esto, debemos preguntarnos cómo se ha modificado la relación entre las dos formas de la riqueza capitalista —riqueza abstracta y riqueza material— a lo largo del mismo proceso.

He explicado más arriba que la mediación social por el trabajo se caracterizaba por una dependencia mutua del capital y el trabajo, que duró hasta la década de los setenta. Esto se dio porque la valorización del capital basaba en el trabajo vivo, mientras que los propietarios de la fuerza de trabajo dependían de la venta exitosa de esa mercancía para su supervivencia. Sin embargo, esa relación ha cambiado drásticamente en la era del capital ficticio. La Tercera Revolución Industrial no solo ha vuelto el trabajo vivo superfluo a escala masiva, sino que, aún más importante que eso, ha dejado de poner el énfasis de la acumulación de capital en la explotación del trabajo en el proceso de producción de mercancías, para trasladarlo a la anticipación del valor futuro. Consecuentemente, el movimiento de capital como un fin en sí mismo ha devenido una nueva calidad autorreferencial. Es cierto, que la anticipación del valor futuro, capitalizado y acumulado en el presente, se sigue realizando por medio de la venta de

mercancías: títulos de propiedad, que representan el derecho hacia una suma específica de dinero y hacia su incremento. Sin embargo, los vendedores de estas mercancías no son los trabajadores, sino los operadores del mismo capital (primeramente bancos y otras instituciones financieras). Ellos son los que se venden entre ellos estos derechos garantizados sobre un valor futuro, y a partir de ahí generan y acumulan capital ficticio. A este respecto, por tanto, el capital ha devenido algo absolutamente autorreferencial; la mercancía que tiene la cualidad mágica de aumentar el capital procede de la misma esfera del capital (Lohoff 2014: 39-44).

A la inversa, no obstante, esto significa que los vendedores de fuerza de trabajo pierdan en gran medida su poder para la negociación. Enfrentados a los avances en la productividad y la globalización, son reemplazados en cualquier momento por máquinas o por competidores más baratos de cualquier parte del mundo; y además, con consecuencias mucho más graves, la mercancía que poseían ha dejado de ser la mercancía básica para la acumulación de capital. Esto nos deja con un desequilibrio estructural. Para la gran mayoría de la población mundial, la mediación social por el trabajo permanece como el eje, en tanto que sigue debiendo vender su fuerza de trabajo o los productos de su trabajo para poder participar en la riqueza de la sociedad —que es lo mismo que decir que para comprar los artículos de consumo que necesita—. El capital sigue fundado en una mediación social por el trabajo, porque de ninguna manera ha abandonado el mundo de la producción de mercancías. Sin embargo, en la medida en que el capital se acumula a través de la anticipación de la producción de valor futuro (que equivale a decir que usa por adelantado los resultados de un trabajo futuro potencial), se libera de su dependencia de la explotación del trabajo actual, así como de los vendedores de fuerza de trabajo.

Por supuesto, eso no significa que el capital haya dejado de adquirir valor en el proceso de la producción de mercancías. Asumir algo así sería erróneo, sobre todo a la luz del gigantesco volumen de productos que rebosan los supermercados y los grandes almacenes. Sin embargo, la relación entre el sector de la producción de mercancías y el proceso general de la acumulación de capital se ha alterado. Si antes la producción de artículos materiales en la forma de mercancías era el medio determinante para aumentar el capital, en la actualidad ha pasado a convertirse en una variable dependiente dentro de la dinámica del capital ficticio. Es dependiente puesto que el sector de la producción de bienes materiales a causa de la altísima productividad ya no puede ser base de una dinámica autosostenible de la valorización del capital. Más bien solo sigue en funcionamiento mientras que el capital acumule en la esfera del capital ficticio y

proporcione los flujos monetarios necesarios para “alimentar” la producción material. Este mecanismo es la base para todo el boom industrial de China y otros países «en desarrollo», así como para el negocio exportador de Alemania. Podríamos denominar esto como «producción de valor inducido». Por el otro lado esta producción de valor inducido no sólo es variable dependiente del capital ficticio, sino cumplimenta también una importante función sistémica. Pero esa función no consiste en valorizar el capital, sino en suministrar el material imaginario que apuntala las expectativas futuras de los mercados financieros (Lohoff y Trenkle 2012: 56 y 235-246). Porque a pesar de que la anticipación del valor futuro no se basa en la explotación del trabajo en el presente, no obstante depende de expectativas de ganancias en la producción material futura. Para sustentar estas expectativas, actividades económicas prometedoras actuales resultan indispensables. Sin ellas las promesas de una ganancia futura serían inverosímiles, y la venta de títulos de propiedad se colapsaría.

Dicho sea de paso, resulta irrelevante si la actividad inducida en la economía real produce o no valor en sentido estricto; o, en otras palabras, si la aplicación de la fuerza de trabajo ha creado o no una plusvalía (como en la producción industrial, por ejemplo), o si el valor que ya se había producido simplemente es reubicado o reciclado (como en gran parte del sector servicios). Lo único que cuenta, es que las promesas de beneficios subsiguientes, representadas por los títulos de propiedad, tengan algún punto de referencia en la economía real. Esto explica cómo ha sido posible que el sector servicios haya crecido de manera gigantesca en todo el mundo, a pesar de que mayormente no genera ninguna plusvalía. Sin embargo, para la producción de ilusiones sobre ganancias futuras esto no tiene importancia. Desde esta perspectiva los beneficios crecientes de Google y Facebook valen tanto o más como la producción de coches eléctricos o de turbinas eólicas. Igualmente la capitalización de la tierra a una escala masiva, solo es posible debido a la constante afluencia de capital ficticio; y, simultáneamente, representa un punto de referencia central para la anticipación de unos beneficios perpetuamente efervescentes.

En cualquier caso a los capitales individuales les da igual el modo de «hacer dinero». Es por eso que siempre hay inversores suficientes que dirigirán su dinero a la economía real, si allí prevén una remuneración provechosa. Sin embargo una inversión solo es considerada provechosa si rinde aproximadamente una ganancia equiparable a la inversión correspondiente en los mercados financieros. Por lo tanto las inversiones en la economía real no sólo dependen de la acumulación del capital ficticio, sino también deben medirse en

las normas de rentabilidad dictadas por éste. La presión resultante es enorme y se ejerce sustancialmente hacia abajo, afectando, por encima de todo, a aquellos que venden su fuerza de trabajo, y a los muchos pequeños contratistas independientes que se ven obligados a trabajar bajo condiciones cada vez peores.

Nos encontramos ahora en una mejor posición para entender por qué las condiciones laborales y de vida en la era del capital ficticio están tomando un nuevo cariz tan implacablemente negativo. Si bien la producción de riqueza material hasta el final del fordismo no era más que un medio extrínseco para aumentar la riqueza abstracta, eso al menos implicaba una relación directa (aunque instrumental) con la riqueza material. La producción de bienes de era imprescindible para generar valor y plusvalía. Pero cuando la función sistémica de la riqueza material se reduce a suministrar material imaginario para la anticipación de un valor futuro, la indiferencia hacia el contenido, las condiciones y las consecuencias de esa producción se intensifica hasta el extremo. La acumulación de riqueza abstracta se desvincula de su parte material en toda la medida de lo posible.

La destrucción continuada de la base natural de la vida y de las condiciones sociales y culturales de existencia humana no es ya una suerte de mero daño colateral, en el movimiento autorreferencial de la acumulación del capital, sino se ha convertido en su propio contenido. La más notoria plasmación de esta dinámica son países en crisis como Grecia, España y Portugal, forzados a cercenar amplios segmentos de sus sistemas sociales y de salud, junto a otros servicios públicos, en el nombre de la (claramente ilusoria) expectativa de que el Estado será capaz en algún punto de pagar sus deudas. En estos casos, la destrucción de riqueza material deviene el punto de referencia para una mayor acumulación de capital ficticio. De manera similar, el presente boom con las materias primas se sostiene básicamente en el pronóstico de una escasez futura. Esta expectativa, al aumentar los precios, permite que cantidades gigantescas de capital ficticio desemboquen en ese sector, haciendo incluso que tecnologías muy costosas (y extremadamente peligrosas), como el *fracking*, sean rentables a corto plazo (Lohoff y Trenkle 2012: 105-108).

La distribución de ganancias y riqueza está polarizándose de una forma creciente a escala global, por las mismas razones estructurales. Debido a que la fuerza de trabajo ha perdido su significancia como mercancía fundamental para el fin en sí mismo de la acumulación de capital, las condiciones de su venta se deterioran progresivamente. Mientras tanto, el capital se encuentra en una posición cómoda por la que es capaz de «producir» autónomamente la mercancía necesaria para la

acumulación de capital en la forma de títulos de propiedad sobre un valor futuro. Y por supuesto en este proceso, puede confiar en el apoyo activo de los gobiernos y los bancos centrales.

CAMINOS A SEGUIR PARA LA IZQUIERDA EN LA ERA DEL CAPITALISMO FICTICIO

A causa de las consecuencias cada vez más insoportables de la crisis capitalista la crítica del capitalismo ha resurgido últimamente. Pero una gran parte de esa crítica confunde el problema y se limita a denunciar la dominación de los mercados financieros como defecto principal. Por consecuencia emerge la exigencia de que el dinero debería servir «de nuevo» a la gente como un simple medio de intercambio, y no como un fin en sí mismo. Desde esa perspectiva, el movimiento autorreferencial de la acumulación de capital se presenta como una peculiaridad de los mercados financieros y no como una característica esencial del modo de producción capitalista en sí. Por lo tanto el capital financiero aparenta ser una especie de fuerza ajena que ha tomado control de la sociedad y que por lo tanto debe ser abolida.

Esta «crítica» se basa en una percepción totalmente equivocada del modo de producción capitalista, como ya he mencionado al comienzo. Afirma que el sistema de la producción de mercancías en esencia tiene el fin de proporcionar bienes para la humanidad y que el dinero es tan sólo un instrumento astuto para facilitar un sinnúmero de intercambios. Esta noción es un lugar común de la ideología predominante sobre el carácter de la sociedad capitalista. No sólo se encuentra en casi cualquiera de los manuales de economía que siempre describen la economía moderna como un sistema basado en el intercambio de productos para el bien de la humanidad, tal como si el capitalismo fuera una variante globalizada de una comunidad rural idealizada en la que carniceros, panaderos y sastres intercambian sus productos entre ellos. Este pensamiento también forma parte de la ideología antisemita que habla de un capital capcioso y avaricioso (Postone 2001). Y supone el leitmotiv de una «crítica del capitalismo» putativa que sueña con un regreso al capitalismo post-bélico regulado, el cual es idealizado en la retrospectiva. Esto, no sólo pasa por alto deliberadamente el hecho de que tal regreso es del todo imposible, ya que los cimientos estructurales para la valorización de capital han dejado de existir. Además quiere creer que el capitalismo fordista no se fundaba en el principio de la valorización del capital, sino representaba un sistema de “economía de mercado” cuyo fin era tan sólo proveer a la sociedad de productos útiles (Trenkle 2017).

Un motivo por el que esta pseudo-crítica ha alcanzado una gran resonancia en la actualidad es que la mediación social por el trabajo se ha extendido por todo el planeta, y, como ya se ha explicado, desde la perspectiva de los vendedores de la fuerza de trabajo, puede parecer que esta mediación solo consiste en una relación de intercambio, en la que se entrega un bien a fin de procurarse otro. Así se encubre, de que este supuesto intercambio forma parte del movimiento autorreferencial del capital que tiene como único fin la acumulación de valor. En forma muy semejante ya la izquierda tradicional en su gran mayoría ha idealizado el trabajo y, en vez de aspirar a la superación de una sociedad basada en el trabajo y mediada por el trabajo, tan solo pregonó la liberación del trabajo de la dominación por parte del capital. Sin embargo la identificación con el trabajo en el movimiento obrero formaba parte de las luchas por condiciones de vida y de trabajo mejores en la época del “capitalismo clásico” basado en la valorización del capital. En cambio hoy día la utopía ilusoria de una sociedad basada en el trabajo y el intercambio mutuo universal sin el lastre capital, refleja tan solo de modo ideológico el hecho, de que el capital se ha desvinculado en gran medida de los vendedores de fuerza de trabajo y de la producción material de riqueza.

En cierto modo la dinámica capitalista ya ha superado el trabajo – aunque de manera negativa. Así que, en lugar de idealizar la mediación social existente, esta debería ser puesta en tela de juicio de forma categórica. Mientras los seres humanos se relacionen entre ellos en forma cosificada a través de las mercancías y del trabajo abstracto, serán dominados por estas mismas relaciones que imponen a la sociedad sus imperativos objetivados. Esto en principio no es nada nuevo, pero en el marco de la crisis fundamental del capitalismo, implica que el mundo acabará siendo un desierto en un futuro cercano.

La única perspectiva para la emancipación social es, por tanto, la superación (*Aufhebung*) de esta forma cosificada de mediación social. Los primeros pasos hasta esa meta pueden y deben darse hoy. No sólo es cuestión de luchar por preservar las conquistas sociales históricas (servicios sociales y de sanidad etc.), sino también por liberar la producción de riqueza material de su dependencia negativa del capital. La meta debe ser, construir un amplio nuevo sector de auto-organización social transnacional, a base de las fuerzas productivas disponibles, para desarrollar nuevas formas de mediación social, en las que los individuos asociados puedan gestionar libremente sus condiciones de vida.

BIBLIOGRAFÍA

- LOHOFF, Ernst (2016): “Die letzten Tage des Weltkapitals. Kapitalakkumulation und Politik im Zeitalter des fiktiven Kapitals”, *Krisis-Beitrag* 5/ 2016, <http://www.krisis.org/2016/die-letzten-tage-des-weltkapitals/> (consultado el 12-4-2018).
- LOHOFF, Ernst: “Kapitalakkumulation ohne Wertakkumulation. Der Fetischcharakter der Kapitalmarktwaren und sein Geheimnis”, *Krisis-Beitrag* 1/ 2014 www.krisis.org/2014/kapitalakkumulation-ohne-wertakkumulation/ (consultado el 12-4-2018).
- LOHOFF, Ernst y TRENKLE, Norbert (2012): *Die große Entwertung. Warum Spekulation und Staatsverschuldung nicht die Ursache der Krise sind*. Münster: Unrast.
- MEW 23 = Marx, Karl (1983a): *Das Kapital*, Band 1, *Marx-Engels-Werke* Bd. 23, Berlin, 1983.
- MEW 42 = Marx, Karl (1983b): *Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie*, in: *Marx-Engels-Werke* Bd. 42, Berlin, 1983.
- POLANYI, Karl (2001): *The Great Transformation: The political and economic origins of our time*. Boston: Beacon [*La gran transformación: crítica del liberalismo económico*. Madrid: La Piqueta, 1997].
- POSTONE, Moishe (2001): “Anti-semitism and National Socialism”. *Socialist Review* [versión esp. incluida en Postone, M. y otros: *La crisis del estado-nación: antisemitismo, racismo, xenofobia*. Barcelona: Alikornio, 2001].
- POSTONE, Moishe (1996): *Time, Labour and Social Domination*. Cambridge (EE. UU.): Cambridge University Press 1996 [*Tiempo, trabajo y dominación social: una reinterpretación de la teoría crítica de Marx*. Madrid: Marcial Pons, 2006].
- TRENKLE, Norbert (2008): “Tremors on the Global Market. On the underlying causes of the current financial crisis”. www.krisis.org/2009/tremors-on-the-global-market/ (consultado el 2-1-2018).
- TRENKLE, Norbert (2014): “Value and Crisis: Basic Questions”. En Larsen y otros (eds.): *Marxism and the Critique of Value*. Chicago: MCM, pp. 1–15. <http://www.mcmprime.com/files/Marxism-and-the-Critique-of-Value.pdf> (consultado el 24-4-2018).
- TRENKLE, Norbert (2017): “Aus der Krise in die Regression. Zur Kritik der linken Nationalismus”. En: Wolf, Merlin (ed.) *Irrewege der Kapitalismuskritik*. Aschaffenburg: Alibri Verlag.

Norbert Trenkle, nacido en 1959, vive en Nuremberg (Alemania) y es editor y autor de la revista de crítica social *Krisis - Beiträge zur Kritik der Warengesellschaft*. Ha publicado numerosos textos y libros sobre crítica social, crítica del trabajo, análisis de la crisis, etc. Su último libro (junto con Ernst Lohoff) *Die grosse Entwertung* (La gran desvalorización), sobre la crisis actual del sistema capitalista mundial fue publicado en 2012. La mayoría de sus textos son de libre acceso en www.krisis.org.